

El anhelo de Mociño o el dramático afán de Conzatti: la vida de Jerzy Rzedowski

CÉSAR CARRILLO Y GRACIELA ZAMUDIO

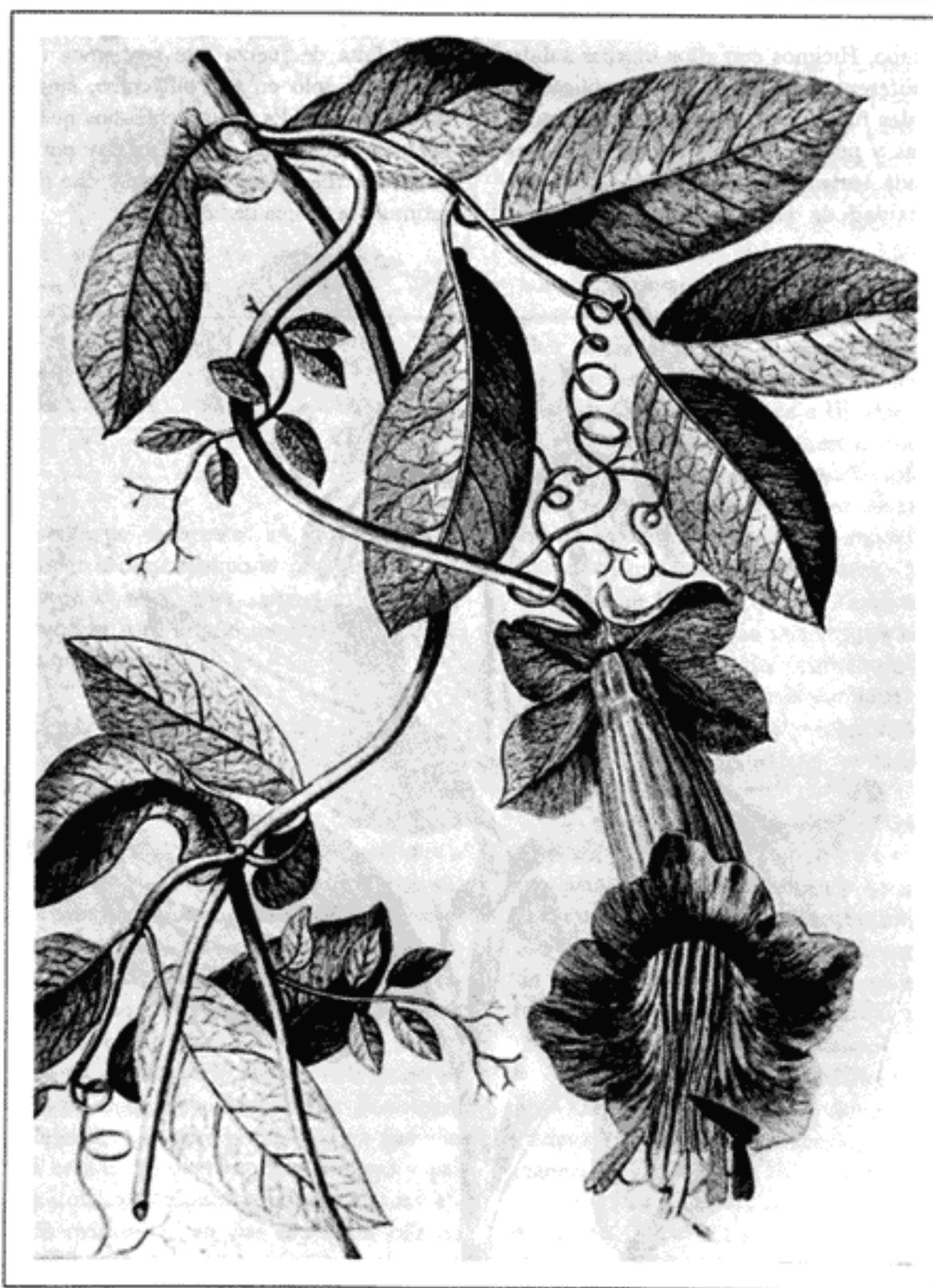
Nací en la ciudad del Lwów, que entonces pertenecía a Polonia, y actualmente a la Unión Soviética. Es la parte que ahora reclama Ucrania para independizarse. Constituye la zona limítrofe entre los bosques caducifolios y los bosques de encinos y hayas del sureste del país y de las estepas ucranianas. Desde el punto de vista florístico es quizás la parte más rica de Polonia, porque además están cerca las montañas de los Cárpatos.

No viví mucho tiempo ahí, pues la mayor parte permanecí con la familia en Silesia, que se localiza al sur-occidente de Polonia.

Mi venida a México mucho tuvo que ver con parientes que residían aquí; ellos me facilitaron la entrada. Esto fue en 1946, a la edad de 20 años, casi inmediatamente después de la segunda guerra mundial, que me tocó pasar en Europa.

Este viaje me dio la oportunidad de llegar a un lugar en el cual pudiera hacer una vida nueva, de olvidar el pasado (lo cual, desgraciadamente, no se puede lograr por completo), de tratar de incorporarme de inmediato a esta nueva patria que me acogió, de identificarme con sus habitantes y con su problemática. De manera que aquí hice mis estudios profesionales: la carrera de biólogo, y después el doctorado. Me nacionalicé mexicano en 1955.

Desde un principio me sentí fuertemente atraído por el país, sobre todo por su gente, ya que el contraste era muy grande con respecto a lo que acababa de pasar en Europa a raíz de la guerra mis-



Cobaea scandens Cav.

César Carrillo y Graciela Zamudio: Facultad de Ciencias, UNAM.

ma, y en particular por las actitudes ultranacionalistas de odio, rencor y discriminación, que habían hecho de Europa en esa época, un ambiente muy pobre desde el punto de vista moral y de comportamiento humano. Aquí sentí todo lo contrario: las personas eran tolerantes, y poseedoras de una visión nítida (una de las enormes virtudes de México), una visión de criterio amplio que caracteriza a la mayor parte de los mexicanos, en comparación con mentes de muchas otras naciones que están llenas de prejuicios.

Este era el aspecto humano. Otro atractivo también muy grande lo constituyeron las bellezas naturales y culturales.

Sobre todo, durante estudios de la carrera, teníamos a varios maestros que eran entusiastas organizadores de prácticas de campo. Hicimos con ellos muchas salidas a diferentes partes de la República, las cuales fueron extraordinariamente instructivas y pudimos darnos cuenta de la inusitada variedad de ambientes y de la diversidad de flora y fauna. Al mismo

tiempo no dejaba uno de enterarse de los aspectos étnicos y culturales.

El nacimiento de una vocación...

La identificación con la botánica nació de una manera un tanto curiosa. En la Escuela Nacional de Ciencias Biológicas del Instituto Politécnico Nacional (que fue donde estudiamos y que estaba en ese entonces en el mismo Casco de Santo Tomás) había en nuestra época una fuerte inclinación por la zoología. Tan es así, que aunque el plan de estudios incluía bastantes materias de botánica, nos tocó llevar pocos cursos sólidos sobre este tema. De tal manera, al menos en gran parte, el interés por entrar en este campo de la biología nació del mencionado defecto, de la falta de fuerza que sentíamos que existía no sólo en el Politécnico, sino a nivel nacional. Es decir, sentíamos que la botánica necesitaba de refuerzos y por lo tanto, ese fue quizás el elemento que más estimuló la propia dedicación.

Desde luego, cuando ya tomé la decisión, y me incorporé al estudio de las plantas, recurrí a personas de otras instituciones. Así, aunque no llevé cursos formales con ninguno, recibí el apoyo ilimitado por parte de Maximino Martínez y de Faustino Miranda, que eran los dos botánicos importantes de la época, y que siempre estuvieron abiertos para ayudarme y apoyarme. En esos años Miranda no estaba en la ciudad de México, ya que vivía en Chiapas, de modo que los contactos eran difíciles. Sin embargo, fue el director de mi tesis de doctorado e indudablemente ha tenido mucho ascendiente en mi formación y desenvolvimiento.

En Ciencias Biológicas debo reconocer la gran influencia que recibí de parte de Federico Bonet, zoólogo y paleontólogo de amplísima cultura biológica, a quien siempre agradeceré las enseñanzas recibidas en materia de ecología, de evolución y de principios de sistemática.

Desde poco antes de recibirme de biólogo, en mayo de 1954, la Universidad Autónoma de San Luis Potosí me contrató y permanecimos ahí por cerca de cinco años, entre 1954 y 1959. El compromiso principal consistía en hacer investigación, pero nos impusieron también una discreta carga docente, primero en preparatoria y después algunos cursos a nivel profesional.

Uno de los resultados de esa estancia fue precisamente el estudio de la vegetación del estado de San Luis Potosí, que constituyó el tema de mi tesis de doctorado en la Facultad de Ciencias de la Universidad Nacional. En realidad el doctorado no lo terminé sino hasta 1961, después de nuestro regreso de San Luis Potosí a la ciudad de México, y después de dos años de trabajo en el Colegio de Postgraduados de Chapingo.

Inicialmente mi mayor inquietud fueron los estudios de vegetación y de su determinismo ambiental. La sinecología y la autoecología era lo que más me llamaba la atención. Así, en San Luis Potosí, estuvimos trabajando esencialmente en ese campo de la botánica. Estuvimos también un año en Francia tomando una estancia de lo que en Europa llaman Fitosociología. Pero al regresar aquí y ver la tremenda problemática de desconocimiento de los aspectos taxonómicos básicos, tomé la decisión de dedicar el mayor esfuerzo al estudio florístico.

Pienso que la culminación de la fase



Tradescantia erecta Jacq.



Dahlia pinnata Cav.

sin ecológica, fue el libro sobre la vegetación de México. Esta fase se había iniciado con el estudio de la vegetación del Pedregal de San Ángel (desgraciadamente ya casi ex-vegetación) y continuó con el trabajo de San Luis Potosí. Aun dentro del mismo Valle de México, al tiempo de ir elaborando la Flora, preparamos algunas contribuciones enfocadas hacia aspectos de vegetación y luego de haber recorrido diferentes partes de México y conocido casi todo el país, llegué a la conclusión de que estaba en condiciones de armar e integrar, una obra de síntesis, que en ese momento podría ser interesante. Sin embargo, ya estaba más fuertemente involucrado tanto en trabajos florísticos como en otra línea, en la que he seguido y pienso seguir todavía y que son los estudios fitogeográficos.

Ahora cabría poner al día el libro sobre la vegetación, o más bien hacer algo más elaborado, sobre todo en cuanto a apreciaciones cuantitativas de los grandes cambios sufridos por las comunidades vegetales hasta el día de hoy. Infortunada-

mente no creo estar en condiciones de poder dedicar tiempo al perfeccionamiento de la obra, pues sería demasiada distracción para lo que estamos adelantando en el presente.

... y el de una obra

El retorno a la escuela del Politécnico que nos formó fue en 1961. Gastón Guzmán, que fue dos generaciones posterior a nosotros, desarrolló gran interés por los hongos, terminó sus estudios y no salió de la escuela, sino que se quedó allí como profesor, fundó el herbario de su especialidad y llegó a formar luego una buena colección. La profesora Laura Huerta por su parte, estaba trabajando en aspectos de investigación en Fisiología Vegetal, y aunque no es bióloga (estudio la carrera de químico, bacteriólogo y parasitólogo), después se aficionó a las algas marinas. Creo que eso fue a raíz de una expedición internacional, en la cual intervinieron varios profesores del Politécnico, evento dirigido por el doctor Fe-

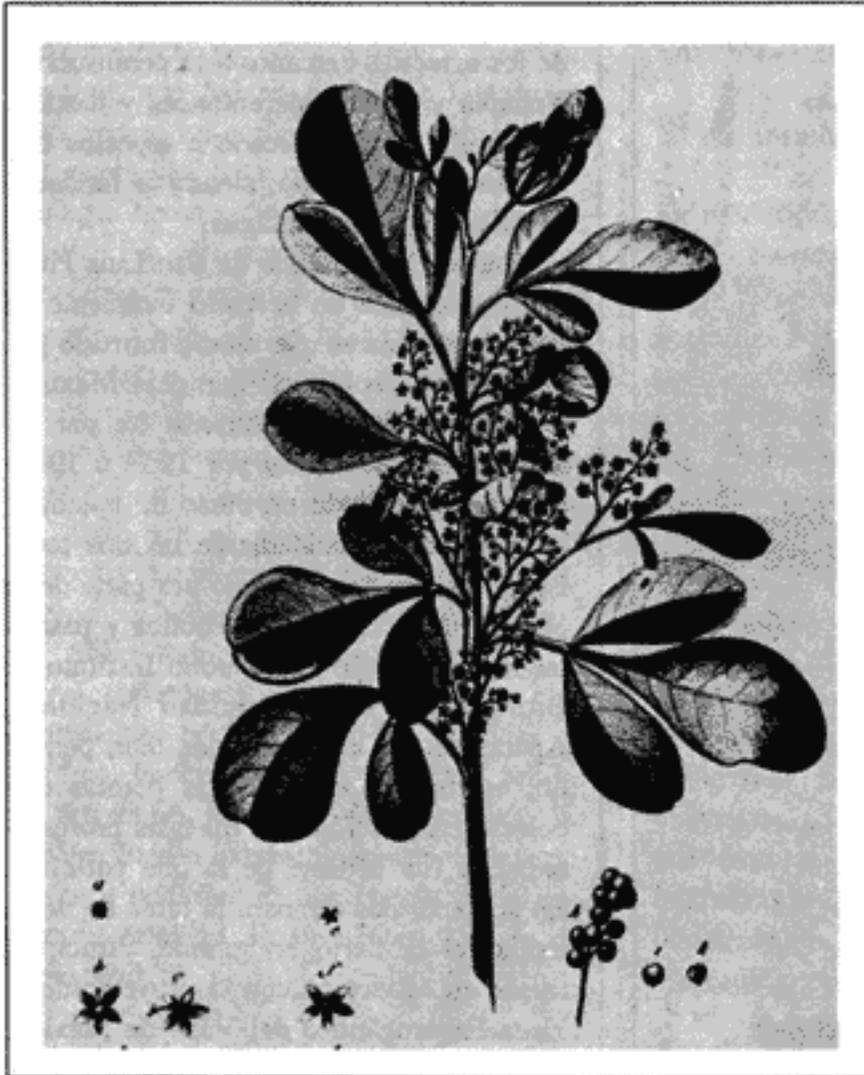
derico Bonet. Fueron a estudiar algunos de los arrecifes cercanos a la península de Yucatán y a partir de entonces y hasta la fecha ella se ha dedicado a aspectos florísticos de este grupo; siendo la fundadora de la colección de algas.

Cuando regresamos de San Luis Potosí, encontramos un herbario incipiente de plantas vasculares que estaba formado por una pequeña colección que dejó Maximino Martínez, quien durante un par de años (debe haber sido por 1939 o 1940) estuvo impartiendo un curso de botánica, el que desafortunadamente no nos tocó. Luego el maestro se jubiló por parte de la Secretaría de Educación Pública y pasó a laborar de tiempo completo al Instituto de Biología de la Universidad Nacional. Aparte de ese conjunto más bien pequeño, estaban depositadas las plantas que colecté en relación con mi tesis profesional. Esa fue la base de la que partimos. En adelante nos dimos a la tarea de desarrollar el herbario en grande, principalmente en conexión con el proyecto de la Flora Fanerogámica del Valle de México, aunque al mismo tiempo se exploraron otras partes del país. Me tocó salir muchas veces a Jalisco, Colima y Nayarit; hicimos numerosas expediciones a los estados de Guerrero, Oaxaca e Hidalgo.

El Herbario de la ENCB en la actualidad es de tomarse en consideración, en particular en cuanto al número de colectas que alberga. Si no llega a medio millón de ejemplares, está muy cerca. Desde luego es un herbario que no tiene tantas colecciones antiguas ni tantos tipos como el Herbario Nacional del Instituto de Biología, pero en cuanto a la cantidad y la calidad de los ejemplares y sobre todo de la información que contiene, es también muy importante.

De manera que Laura Huerta, Gastón Guzmán y nosotros entramos más o menos paralelamente a reforzar la botánica. Fue quizá una época de florecimiento de esta área en el Poli. A la vez los maestros de zoología, que tanto brillaron en nuestros tiempos de estudiantes, han ido desapareciendo. Claro, dejaron alumnos como Alfredo Barrera, Gonzalo Halffter, Raúl Mac Gregor, y varios otros, que desgraciadamente, en última instancia, no permanecieron en Ciencias Biológicas.

Por cierto, que en el Instituto de Biología de la Universidad, en la misma época, también la zoología era comparativamente más importante, pues los botánicos eran pocos, más bien arrinconados, y no se les prestaba



Rhus lucidum L.



Psoralea mutabilis Cav.

mucha atención. Fue a raíz del movimiento que inició Arturo Gómez Pompa, que continuó a través de José Sarukhán, Mario Sousa y sus colaboradores y estudiantes, que se ha llegado a dar un empuje grande a la botánica. Poco más tarde la Facultad de Ciencias se contagió y ha llegado a ocupar un lugar prominente.

Durante nuestra estancia en el Politécnico se elaboró la Flora Fanerogámica del Valle de México. El último tomo salió apenas el año pasado, pero realmente el trabajo negro, el trabajo grueso, lo llevamos a cabo en esos 23 años de permanencia en Ciencias Biológicas.

Hemos trabajado para esta flora más de cincuenta personas. En ella participaron estudiantes del Poli, pero también de otras instituciones como la Facultad de Ciencias, algunos de Morelos y otros de Chapingo. Entre los colaboradores externos hemos tenido investigadores de la Universidad Nacional y de varias partes de la república, así como de algunos extranjeros.

Una de las razones de nuestra estancia actual en Pátzcuaro es que queríamos salir de la ciudad de México, estábamos cansados ya que cada vez es más difícil vivir en la gran capital. Por otro lado las

distracciones que teníamos que afrontar en el trabajo eran demasiado pesadas, y llegó un momento en que nos sentimos limitados y frustrados, una vez que estuvimos concientes de que no habría más espacio para las plantas, que todavía nos sentíamos capaces de coleccionar y estudiar.

La botánica en México

Se puede afirmar que en los últimos 20 o 25 años, ha habido en el país cierto apoyo para la investigación botánica, quizá como nunca antes. Sin embargo, en términos de lo que falta hacer y de lo que se hace en otras partes del mundo, el juicio no es favorable. Yo diría que no hemos avanzado lo bastante.

Me parece que esto en buena parte se debe a que no nos llegamos a involucrar en proyectos globales de fondo, a menudo no nos abocamos a abordar lo esencial, sino que nos perdemos en esfuerzos aislados de relativamente poca significación.

El magno proyecto Flora de México es precisamente uno de los pivotes alrededor del cual surge la importancia de la botánica de México, pero no se acaba de ver bien claro el mecanismo por seguir

para echarlo a andar de manera definitiva.

La Flora de México ha sido un anhelo de muchas generaciones de botánicos, comenzando desde la época de José Mariano Mociño hace 200 años. Ya en este siglo, indudablemente fue Casiano Conzatti una de las gentes que durante la mayor parte de su vida tenía esa inquietud en mente. Ese fue su gran afán y objetivo, aun cuando entonces las condiciones eran muy difíciles, aparte de que casi voluntariamente Conzatti se aisló del resto de los botánicos y se fue a vivir a Oaxaca. Hizo muchísimo y de hecho dejó el manuscrito de una Flora de México, del que infortunadamente no se publicó más que una pequeña parte en su tiempo, y ahora, dados todos los avances actuales, la obra ya está muy fuera de lo que debe ser una flora útil en términos modernos.

Pasando a épocas más recientes, después de que el Herbario de Ciencias Biológicas se mudó a su actual edificio, en 1971, organizamos varios eventos. Uno de ellos en 1973, se llamó "Coloquio sobre los herbarios y su papel en el desenvolvimiento tecnológico y científico de México". Otro fue celebrado en ocasión del primer tomo de la Flora Fanerogámica del Valle de México, bajo el nombre de

"Coloquio sobre estudios florísticos y su proyección en México". Con estos actos nació una vez más la semilla de procurar la organización para elaborar una Flora de México.

En términos más concretos, fue Arturo Gómez Pompa, quien en el año de 1980 teniendo como sede el Instituto Nacional de Investigaciones sobre Recursos Bióticos (INIREB), convocó a un seminario de trabajo en Jalapa, para ver las posibilidades de iniciar algo formal. Allí comenzó a gestarse la organización del Consejo Nacional de la Flora de México. Me ha tocado participar sobre todo en la fase preparatoria que antecedió a la formación del Consejo. Varios años pasaron. Costó mucho trabajo y tiempo nada más para hacer que los botánicos mexicanos nos pusiéramos de acuerdo en una serie de aspectos.

Es indispensable que varias cosas se conjunten para integrar la acción de este proyecto. En primer lugar, necesitamos suficiente gente bien preparada, necesitamos recabar extensa bibliografía de la cual carecemos, necesitamos una mejor exploración del país en cuanto a colecta e información sobre las plantas, pero quizás, más que todo, necesitamos una especie de organización que mueva todo, y que haga que las personas trabajen fuerte, bien y en forma sostenida. Esto es lo que no hemos podido superar. No podemos pensar en una flora, cuya elaboración tenga que durar cuatro o cinco siglos, porque no tiene sentido. Tenemos que pensar en una obra que pueda terminarse en veinte, treinta o cuando mucho cuarenta años.

Actualmente hay varias floras regionales en marcha, y desde luego, creemos que no debe abandonarse tal labor. Al contrario, hay que fomentar y apoyar las floras regionales. Una cosa no invalida la otra. Al mismo tiempo que se trabaja en las floras regionales se puede y se debe avanzar, o por lo menos hacer un esfuerzo importante para armar la infraestructura necesaria a fin de echar a andar la Flora de México.

Tenemos botánicos que estudian la sistemática de algunos grupos de plantas y primordialmente con el propósito de darles luz verde y estimular su participación en la flora, el Consejo elaboró las normas editoriales. Se preparó y abrió la convocatoria para que la gente se inscribiera y apartara los grupos de su interés. Esto da cierta plataforma de funcionamiento. Sin embargo no hay que perder de vista que la magnitud de la obra re-

quiere de una labor simultánea de una multitud de especialistas, apoyados y coordinados por una directriz.

El Consejo tiene muchas tareas. Un aspecto que está desatendido, y que no es nada fácil de resolver, es el que los taxónomos para ser productivos necesitan contar con un lugar y un ambiente adecuado de trabajo. Uno de los obstáculos que tienen muchos colaboradores potenciales en la actualidad, es que el porcentaje de tiempo que pueden dedicar a la flora es tan pequeño, que casi como si no existiera. Es un detalle fundamental, cuya solución es de importancia prioritaria.

A pesar de que los botánicos mexicanos ya somos un núcleo considerable y en relación con lo que había hace 20 ó 30 años se ha registrado un desarrollo espectacular, aún nos queda mucho por al-

canzar. Por ejemplo a nivel comparativo con Argentina o con Brasil, estamos a la zaga. Es decir, que en cuanto a la cantidad, calidad y diversidad, lo que producimos no va en proporción con lo que somos.

Una de las cosas que sucedió en México y que no se resintió tanto en otros países de Latinoamérica, es que a raíz de la revolución, entre 1910 y 1935 ó 1940, hubo una interrupción formidable de apoyo a la actividad científica. Apenas en 1940 comienza a despertar esta inquietud, siendo estas 3 décadas que perdimos las que nos mantienen con relativo retraso. Desde luego ellos han hecho más, sobre todo Argentina, que tiene avanzada la cobertura de su flora; tienen varias floras regionales completas, y otras muy adelantadas. Además, son floras de elevada cali-



Chelone campanulata Cav.

dad, se ve que están hechas a conciencia. Lo que quizá es más importante, es que tienen más gente dedicada a Anatomía, Morfología, Citología, Evolución, Genética, es decir a varios campos de la botánica, que en nuestro país están bastante descuidados, bastante pobres. Paleobotánica es otro rubro en que no hacemos todavía casi nada.

Hemos empujando esencialmente en el campo sistemático-florístico, aunque no todos los grupos, nos faltan muchos, algunos los tenemos olvidados. Hemos empujado en Etnobotánica y Ecología, que junto con la sistemática, son las tres ramas que en los últimos congresos de botánica han acaparado la gran mayoría de los trabajos presentados, en cambio otras secciones se ven tristes, desde luego es justificado que se desarrollen en México áreas como la etnobotánica; sus adelantos son de valor excepcional, porque al igual que se está perdiendo la riqueza biológica, van desapareciendo las riquezas etnoculturales a gran velocidad y si una gran diversidad de conocimientos y de germoplasma mejorado no se recuperan pronto y adecuadamente, se nos van en forma definitiva.

Es posible que el hecho de que no trabajemos lo suficiente en varias ramas de la botánica, en parte se deba a que tales campos se consideran como actividades menos atractivas desde el punto de vista de interés inmediato para el país. Es decir, sentimos la necesidad de contar con un inventario de recursos, de recuperar conocimientos populares sobre los vegetales, de conocer los mecanismos de interacción entre las plantas y otros organismos y entre los organismos y su medio y quizás no sentimos la necesidad tan inminente de estudiar evolución orgánica, porque su contenido está más desligado de lo aplicativo. De todas maneras, se precisa tomar en cuenta la diversificación del quehacer botánico. Si bien es cierto que tenemos facetas prioritarias, erramos al abandonar una serie de actividades de interés fundamental. Pero lo que yo siento como realmente trascendental, es que debemos abocarnos más por nuestra propia cuenta, a lo que el país pide. Hemos de contribuir en mayor proporción al conocimiento de nuestros recursos. Tal objetivo no debe lograrse cerrando las puertas a los que vienen de fuera a estudiar nuestras plantas, sino haciéndolo nosotros mismos en la mayor medida posible, es decir, el día que tengamos las gentes y las instituciones nacionales trabajando en

amplitud sobre las plantas de México, ese día no tendrán a que acudir muchos de los extranjeros, tal como ha sucedido por ejemplo en Argentina.

Ahora vivimos con gran esperanza, pues la Universidad Nacional Autónoma de México tiene un rector que es botánico y que, en principio está en posición de promover a fondo el estudio intensivo del universo vegetal de México. Sin duda el momento es propicio, sobre todo en función de cada vez mayores compromisos a nivel internacional, con respecto a la conservación de la diversidad biológica. Quizá podría haber una coyuntura favorable en relación con el Tratado de Libre Comercio, del que tanto se habla, que sirviera para convencer a altos niveles políticos de la necesidad de dedicar mayor atención a estos problemas. A nivel mundial el aspecto del inventario florístico de los países intertropicales está adquiriendo mucho peso, en función de la amenaza de la gran merma definitiva de la biodiversidad, puesto que estas regiones son las que menos se conocen y es donde hay mayor riqueza.

La flora del bajo

Una vez jubilados por parte del Politécnico, recibimos acogida en el Instituto de Ecología y a principios de 1985 estábamos radicados en Pátzcuaro, iniciando una nueva etapa consistente en la elaboración de otro inventario florístico, que esta vez quedó enmarcado alrededor de la región del Bajío.

El Bajío es una de las comarcas más densamente pobladas de México y por consiguiente de las más perturbadas por el hombre. Por tal razón nunca había resultado atractiva para la realización de investigaciones biológicas. A nosotros nos pareció importante dedicarnos precisamente al estudio de un área como esta y de tal manera contribuir al rescate y conservación de lo que aún queda de sus recursos naturales.

Además del Bajío propiamente dicho decidimos incluir las porciones montañosas vecinas, y de tal manera quedó delimitada una superficie de alrededor de 50 000 km², que abarca todo el estado de Guanajuato, al igual que todo Querétaro y



Solanum fructutecto Cav.

un sector septentrional de Michoacán, ubicado al norte del parteaguas de la cuenca del Balsas.

Dada la escasez de exploraciones previas y de colectas de plantas de esta región, sobre todo de Guanajuato y de Querétaro, hubo necesidad de dedicar un esfuerzo inicial muy intenso para compensar tal defecto. Y aquí nos tocó encontrar ante un tremendo escollo, pues nos costó gran trabajo dar con buenos colectores. Este oficio por lo general no es reconocido ni remunerado adecuadamente y requiere de personas con características específicas. Nos tardamos más de tres años para integrar un equipo de seis colectores, habiendo ensayado con más de quince personas, en su mayoría biólogos, para terminar con un grupo compuesto principalmente por individuos sin preparación profesional alguna. Si no fuera por esta dificultad, probablemente la etapa de colecta intensiva nos hubiera llevado unos cinco años en lugar de casi siete que realmente duró.

A finales de 1991 dimos por finalizada esta fase del proyecto, con poco más de 50 000 números de colecta y ahora estamos entrando de lleno a la propia elaboración y publicación de la flora. Esta se llevará a cabo en forma de fascículos, a semejanza de la flora de Veracruz. Ya salieron a la luz tres fascículos y en este año pensamos que podrán aparecer unos diez más.

La flora del bajo y de regiones adyacentes será un esfuerzo cooperativo en que intervendrán numerosos botánicos nacionales y también algunos extranjeros. Calculamos que aproximadamente la mitad de las cinco mil quinientas a seis mil especies de plantas vasculares se abordarán por el grupo de Pátzcuaro, las demás estarán a cargo de colaboradores externos. La ambición es dejar finalizada la obra en unos diez años.

Una carrera contra el tiempo

El estado actual de los recursos naturales renovables del país no es nada encomiable y se ve que ha habido cambios destructivos muy acelerados. Lo más grave, lo más triste, es que tales cambios no se están deteniendo, sino que la carrera continúa con ritmo cada vez más incontenible.

Se ha calculado que el número de especies de plantas de México, en su totali-



Rhamnus iguaneus Cav.

dad es del orden de 30 000, tomando en cuenta las plantas inferiores. Eso constituye cerca del 10% de la flora total del planeta. Sin embargo, de seguir la destrucción de nuestra riqueza vegetal, no se va a alcanzar a hacer una flora antes de que se le haya exterminado una cuantiosa proporción.

En el caso de la Flora del Valle de México hemos incluido en la obra un buen conjunto de especies porque hay registros de su existencia anterior, pero que nosotros actualmente ya no hemos podido encontrar. No son tan pocas estas sustracciones y aunque quizá todavía no pasen del 5%, constituyen cantidades muy significativas e indicadores de la implacable merma del patrimonio, que nos toca atesorar y cuidar.

Existen muchas regiones que explorar y estudiar. Por ejemplo, Oaxaca merece especial atención, ya que es el estado más rico y diverso en flora, fauna y en muchos otros aspectos. De acuerdo con mis estimaciones, al menos la mitad de la riqueza de la flora de México está presente en Oaxaca, ya que ahí convergen las sierras de la vertiente del Pacífico y las del Golfo, a manera de un embudo, y por ello se concentra ahí la diversidad como en ninguna otra parte del país. La Sierra Madre Occidental tampoco se ha estudiado lo suficiente ni la Sierra Madre del Sur. Hay necesidad de explorar todavía un buen número de regiones, pero por desgracia no pocas de ellas en estos mo-

mentos son tierra prohibida para las exploraciones biológicas. Muchas de las partes más escondidas y desconocidas corresponden a áreas en que precisamente se cultiva la marihuana, donde proliferan los traficantes, haciendo con frecuencia extremadamente difíciles y peligrosas las incursiones a estos lugares.

En otro contexto, es preciso enfatizar que uno de los valores fundamentales por los que hace falta luchar en México, es el interés de la gente en general por las plantas. En muchos países los botánicos aficionados han jugado y siguen jugando un papel importante en la observación, en el estudio y en la protección de la naturaleza. Todo esto casi no existe hoy en nuestro país. El mexicano promedio de cualquier edad y clase social poco se interesa en las plantas, a diferencia de lo que había sido antes de la conquista. Es un rasgo que aparentemente se perdió en los tiempos de la colonia, debido quizás en gran parte al régimen, así como a la intervención de la iglesia, que ha tratado de contrarrestar las costumbres paganas que ligaban al hombre con las plantas a través de la religión.

Esta es una carrera contra reloj y es una de las razones por las cuales urge hacer el inventario de la Flora de México. En definitiva, esta es una carrera contra el tiempo.

Pátzcuaro, enero de 1992